

LO FANTÁSTICO COMO REACCIÓN A LA MODERNIDAD EN JAPÓN Y MÉXICO

GUILLERMO QUARTUCCI

El Colegio de México

EN EL ÚLTIMO tercio del siglo XIX tanto en Japón como en México se produjeron acontecimientos políticos de magnitud que significaron la entrada de ambas naciones a la modernidad: la Restauración Meiji en Japón (1867), y la llegada al poder de Porfirio Díaz (1877) en México, con lo que aquí se inicia el periodo que se ha dado en llamar el porfiriato. El periodo Meiji finalizó en 1912 y el porfiriato en 1911. En ambos casos, modernización significó asimilar las experiencias de la cultura europea —que había propiciado el fenómeno de la industrialización y llevado a las potencias occidentales a todos los rincones del planeta—, para crear naciones fuertes e independientes que pudieran competir en el concierto mundial. Esto dio inicio a una etapa de actividad febril que intentó, con diferentes resultados, poner fin al atraso y al oscurantismo del pasado, para lo cual se privilegió la ciencia positiva y la razón, y se fomentó, aunque no con demasiado entusiasmo una vez que las nuevas oligarquías se afianzaron en el poder, el sistema político parlamentario, es decir, la “democracia”.

En Japón, esgrimiendo el lema de “civilización y ciencia” (*bunmei kaika*), y en México, el de “orden y progreso”, muy similares en esencia, se intentó movilizar a la sociedad entera para acabar con el atraso secular atribuido en su totalidad a un pasado “salvaje”. En el comienzo de ambos procesos, Meiji y el porfiriato, la época Edo en Japón y la Colonia en México fueron estigmatizadas, considerándolas responsables del atraso y el oscurantismo, corriente a la cual se plegaron con entusiasmo los intelectuales de la época ligados al poder. Pero al

cabo de dos décadas de entusiasmo por lo "moderno" en ambos países surgieron pensadores, literatos y artistas que, velada o abiertamente, criticaron la vacuidad del presente y se refugiaron en el pasado como una forma romántica de escapar a lo que consideraban el fracaso del racionalismo. Se inicia así lo que podría considerarse un desarrollo tardío, si se le compara con Europa, de la corriente romántica.

En el retorno nostálgico a Edo y a la Colonia, y sobre todo en el rescate de las viejas historias de terror y espanto que parecían haberse disipado con la incorporación de la electricidad y los tranvías, algunos finos intelectos de Japón y México lograron la hazaña de impedir que se perdiera la riquísima tradición fantástica de ambas sociedades, en especial la de sus vetustas capitales. Las callejuelas de Edo, pobladas de seres extraños que medraban amparados en las sombras, y los rincones apartados de la augusta "ciudad de los palacios", la capital colonial de la Nueva España, volvieron a ser escenario de historias prodigiosas como las que habían provocado el encanto y el terror de los antepasados.

Los actores

En el caso de Japón, después de los primeros veinte años de entusiasmo por la "civilización y ciencia", conceptos machacados hasta el cansancio por los gobernantes recién llegados de provincia y que los espíritus selectos se habían negado a aceptar, comenzaron a observarse los primeros y generales signos de hastío por la política oficial. Frente a los representantes del entusiasmo por lo moderno surgieron grupos de intelectuales antagónicos que volvieron sus ojos a Edo y a sus maravillosos cronistas plásticos y literarios. Como consecuencia, la revalorización de tradiciones narrativas y estilos del pasado volvieron a cobrar vigor, reforzados por una nueva conciencia crítica paradójicamente producto de la modernidad.

En Japón un caso muy interesante y casi emblemático lo constituye Mori Ogai, hombre muy vinculado al poder merced a su origen y a su condición de médico del ejército, profe-

sión que alternó siempre con su vocación literaria. Sus primeras narraciones hablan mucho de sus experiencias en Alemania, donde había estudiado medicina, y de su descubrimiento de la Europa de las Luces. Aun enmarcados por un aura de romanticismo sentimental abrevado en los escritores alemanes, sus escritos intentan ser precisos en cuanto a lenguaje y estilo, sin nada de las tramas truculentas ni los juegos verbales que habían caracterizado a sus predecesores de Edo, a los tan vilipendiados autores de literatura *gesaku*, es decir, de entretenimiento.

Lo que también preocupa a Ogai es la posición de Japón respecto a Europa, lo que lo lleva a comparar sistemas de pensamiento, realizaciones materiales, valores espirituales y hasta diferencias raciales. La comparación parece provocar en él un dolor que a veces resulta hasta insoportable. Sin embargo, al promediar su carrera de escritor hacia fines de Meiji, comienza su producción de obras cuyo tema es el rescate de lo irracional: su cuento "La serpiente" (1909), por citar un ejemplo, constituye una clara muestra de esta tendencia. La última etapa de su carrera como escritor, ya en el periodo Taishô, la dedica enteramente a la revaloración del pasado y su consecuencia son las célebres narraciones históricas, pletóricas de situaciones extrañas, muchas veces reñidas con la razón, que tanto había abominado en su juventud.

Otro caso interesante lo constituye Izumi Kyôka, narrador y hombre de teatro que salta a la fama en la última década del siglo pasado, cuando ya la reacción contra el racionalismo y el positivismo a la europea había comenzado a hacerse sentir. Kyôka pertenece a la generación de los autodenominados escritores "antinaturalistas", a quienes les tenía sin cuidado la pretensión de ser "modernos" y que más bien se consideraban a sí mismos herederos de la tradición *gesaku*, tan cara al periodo Edo. La modernidad, como ya se ha mencionado, los había provisto de un sentido crítico y de una preocupación por el lenguaje de los que carecían sus modelos de Edo.

Kyôka desde sus primeras obras muestra gran interés por las atmósferas y las complicaciones de las tramas y, conforme su pericia como escritor se afianza, las narraciones maravillosas protagonizadas por seres de otras dimensiones se adueñan

de su producción. “El santo del Monte Kôya” (*Kôya hijiri*) y “La bruja de la laguna” (*Yasha ga ike*) son buenos ejemplos de esta tendencia.

Escritores tan dispares como Ogai y Kyôka comparten, sin embargo, la parquedad como críticos de una tendencia nacional a la que sólo parecen preocuparle los logros inmediatos y palpables del positivismo. Su actitud crítica habría que buscarla más bien en la propia obra, pocas veces explícita, pero rotunda en cuanto al mensaje de rechazo por la falsa euforia hacia lo moderno, sinónimo para ellos, aunque en distinto grado, de “sospechoso” y de rescate de lo irracional.

Para encontrar una crítica clara, frontal y expresa al proceso de modernización de Japón a partir de Meiji habría que volver los ojos a un escritor no japonés que comprendió la riqueza de lo que se estaba perdiendo en la barahunda positivista y alcanzó la fama justamente gracias al empeño con que recopiló historias provenientes de un pasado agonizante que, aún hoy, son sinónimo de “relato fantástico” (*kaidan*) en Japón, un género con credencial propia.

Lafcadio Hearn o Koizumi Yakumo

La pasión de Lafcadio Hearn por el pasado de Japón, en especial del periodo Edo, es proverbial. Llegó a ese país en 1890 cuando ya la euforia por la “civilización y ciencia” comenzaba a declinar en la conciencia de los intelectuales, aunque no en las tendencias del *establishment*. Dos guerras importantes producto de la modernidad se avecinaban: la guerra sino-japonesa (1894-1895) y la guerra ruso-japonesa (1904-1905).

Es bien conocida la expresión de Lafcadio Hearn ante una representación en teatro kabuki de *La lámpara de la peonía* de San'yutei Enchô: “una nueva variedad del placer del miedo”. El placer del miedo... La yuxtaposición de estos conceptos en apariencia antagónicos define la cualidad sutil y no convencional de este espíritu refinado. Su vida había estado signada por la huida de la ortodoxia que lo había alejado de Inglaterra, primero, y de Estados Unidos, más tarde. En Japón creyó encontrar refugio a las tribulaciones de la vida cotidiana pro-

vocadas en él por una civilización materialista que su alma romántica rechazaba. Los primeros años, pasados en lugares donde todavía no había llegado la fiebre modernizadora, le sirvieron para atesorar un riquísimo bagaje de leyendas y tradiciones donde lo que predominaba era el elemento fantástico o irracional, o más bien, los resabios de una concepción del mundo regida por la unión mágica con la naturaleza.

Sin embargo, su traslado a Tokio, donde pasó los últimos años de su vida (murió en 1904), lo volvió a poner en contacto con lo que más aborrecía: el positivismo materialista que había acabado con la espiritualidad de Occidente y que ahora amenazaba a Japón. Frecuentemente lamenta la desaparición del bosque centenario que rodea un templo budista para dar paso a una construcción utilitaria; o la fealdad de los distritos comerciales de nuevo cuño como el Ginza de ladrillos, inútil remedo de lo occidental; o la vestimenta a la europea que ha tomado por asalto las calles demasiado iluminadas de la nueva metrópolis. “El viajero que entra de improviso a un periodo de cambio social, sobre todo si se trata de un cambio de pasado feudal a presente democrático [comenta Hearn en *‘Glimpses of Unfamiliar Japan’*, la obra donde recoge sus primeras impresiones de Japón], seguramente tiene que lamentar la decadencia de las cosas bellas y la fealdad de las nuevas.”

La gran cantidad de páginas que este autor nos legó sobre un pasado mágico en proceso de extinción que desesperadamente trataba de rescatar de la indiferencia de los hombres públicos japoneses provocaron una reacción favorable, incluso entre los escritores japoneses. En el periodo posterior a Meiji, Taishó, Akutagawa Ryûnosuke y Tanaka Kôtarô recogieron su herencia y a ellos debemos las más bellas páginas de la literatura fantástica moderna de Japón; existencial en el caso del primero, lúdica en el caso de Kôtarô. También autores como Nagai Kafû y Tanizaki Jun'ichirô, sin ser cultores de lo fantástico, confirieron a su obra un tono elegíaco apoyado en el rescate de la tradición a la vez que lamentando la atmósfera perdida de Edo con el advenimiento de las costumbres “modernas”. En este sentido, el breve ensayo escrito en 1932 por Tanizaki, “Elogio de las sombras”, constituye un buen ejemplo.

Los escritores mexicanos del porfiriato

Los largos años de paz relativa y desarrollo científico que se extienden desde la restauración republicana de Benito Juárez en 1867 hasta la caída de Porfirio Díaz con la Revolución mexicana en 1911, después de un tercio de siglo en el poder, coinciden no sólo casi matemáticamente en las fechas del Japón de Meiji (1868-1911), sino también en un proyecto global de país con muchos puntos que convergen en un concepto básico: modernización. Que este proyecto se haya realizado cabalmente es algo que escapa a los objetivos de nuestro análisis, pero que el proceso de modernización a la europea haya tenido logros de valor, tanto en Japón como México, es algo indudable.

Son años en que los gobiernos de ambos países envían a sus mejores cerebros a misiones científicas cuyo objetivo es recoger los avances de la ciencia y las instituciones modernas de Europa y Estados Unidos. De ser sociedades cerradas (Japón había permanecido 250 años enclaustrado en sus fronteras; México sólo había tenido contactos con España y sus dominios durante la Colonia, y con su vecino gigante del norte, Estados Unidos de América, a partir de la Independencia) pasan a establecer contacto en un breve lapso de tiempo con países de los cinco continentes. Este proceso va acompañado por el entusiasmo de los intelectuales cercanos al poder. Hay un renacimiento de la producción literaria, anquilosada tras años de crisis política, y el saber universal, como se le concibe entonces, da paso a la elaboración de nuevas y modernas enciclopedias. El pasado nacional sólo importa en la medida en que justifique los nuevos afanes iluministas, cuyo núcleo lo constituye una democracia teórica que en la práctica deja mucho que desear.

El "orden y progreso" porfirista es recibido con júbilo, sobre todo en los estratos urbanos ilustrados. Un autor muy representativo de la época, Luis González Obregón, mediante sus artículos periodísticos comienza a captar la atención de los ávidos lectores de la ciudad de México que se sintonizan con los tiempos de euforia que corren.

Estos artículos periodísticos, publicados en *El Nacio-*

nal, son finalmente reunidos en un volumen ilustrado que aparece en 1895: *México viejo* es el título y en éste no son pocas las historias relacionadas con acontecimientos fantásticos o extraordinarios: “La llorona”, “La leyenda de don Juan Manuel”, “La muerte de Córdoba”, “Los nahuales”, etcétera.

El evidente placer con que González Obregón cuenta estas historias nos lleva a pensar que su estima por la razón y el progreso no es muy alta, y que la modernidad no goza de su abierta simpatía. Comentaristas posteriores han resaltado este hecho, como Luis G. Urbina, quien en el prólogo a una nueva colección de historias coloniales de Luis González Obregón, aparecida en 1925, se refiere a la ciudad de México de la siguiente manera:

En las barriadas, en los suburbios, no se ha embellecido la ciudad; se ha transformado; se ha modernizado, si se quiere, mas a costa de la pérdida de sus reliquias tradicionales. ¿No es verdad, mi querido Luis? Pocos rincones han sido respetados. Pocos edificios conservan su prístina forma. Las piquetas municipales no entienden de estéticas, no hacen caso de leyendas. Su programa es otro: higienizar, ensanchar, imitar las novedades y barrer, sin miramientos, las antiguallas.

González Obregón, en una nueva colección de relatos que titula *Las calles de México: leyendas y sucesos, vida y costumbres de otros tiempos*, vuelve a hacer gala de su gusto por el pasado, donde la magia y el misterio todavía estaban presentes en la vida cotidiana.

Otros autores contemporáneos también muestran su fascinación por el ayer: desde una perspectiva más complaciente con el poder Antonio García Cubas en su obra *Cuadro de costumbres*, publicada en 1904, recoge la magia de la ciudad de antaño. Por su parte Heriberto Frías, en su colección ilustrada de cuentos para niños que comienza a aparecer en los albores del siglo, incluye numerosas leyendas y tradiciones mexicanas donde predomina el elemento maravilloso. También él fue un impugnador de la modernidad.

Artemio de Valle-Arizpe

Con la caída de Porfirio Díaz, en 1911, en México suceden acontecimientos políticos infaustos. El caos que se apodera de la sociedad no impide a un magnífico escritor, Francisco Fernández del Castillo, publicar en 1913 su curiosa *Historia de San Ángel*, obra del más puro espíritu porfiriano, heredera de la escuela de González Obregón, donde se rescata el pasado del suburbio de San Ángel con sus leyendas de misterio, crimen y aparecidos.

Sin embargo, es en la década siguiente cuando habrá de aparecer el libro clave en el género, canto del cisne de una manera de ver las cosas que la modernidad ha desacreditado: *Historia, tradiciones y leyendas de las calles de México* de Artemio de Valle-Arizpe. Un comentario reciente de esta obra sintetiza con claridad su contenido:

Vieja ciudad alumbrada por los faroles, invadida por fantasmas que acechan y empedrados muchas veces ensangrentados [...] El tiempo borró el empedrado y los faroles ya no anuncian la madrugada, pero las leyendas que don Artemio nos trae desafían los cambios, el tiempo y nuestra mentalidad racional para precipitarnos en la magia, en la superstición y quién sabe si no, en una realidad paralela.

Conclusión

Tanto en México como en Japón en el último tercio del siglo pasado y comienzos del xx se producen movimientos modernizadores que movilizan a la sociedad en su conjunto y, en especial, a los intelectuales que apoyan con entusiasmo el nuevo proyecto. Sin embargo, al cabo de un par de décadas el desencanto se apodera de ellos, por lo que vuelven sus ojos a un pasado que en su imaginación se ve envuelto de magia y misterio. En esta actitud dejan sentado veladamente su disgusto con el positivismo racionalista del momento y marcan la pauta de la figura del auténtico escritor como crítico del orden establecido.

Bibliografía

- COTT, Jonathan, *Wandering Ghost. The Odyssey of Lafcadio Hearn*, Tokio, Kodansha International, 1992.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco, *Historia de San Ángel*, México, Innovación, 1981 (edic. facsimilar).
- FRÍAS, Heriberto, *Biblioteca del niño mexicano*, México, Porrúa, 1987 (edic. facsimilar).
- GARCÍA CUBAS, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1986.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *México viejo*, México, Patria, 1986.
- HEARN, Lafcadio, *In Ghostly Japan*, Tokio, Tuttle, 1991.
- KÓTARÔ, Tanaka, *Nihon Kaidan Zenshû*, Tokio, Tôgensha, 1970 (2 vols.).
- TANIZAKI, Jun'ichirô, *El elogio de la sombra*, Madrid, Siruela, 1994.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de, *Historia, tradiciones y leyendas de las calles de México*, México, Diana, 1978.

